



cuadro en que se propone presentar puntos de contraste con esta libertad, quiere alzarse á consideraciones generales, elevadas, que abarquen la posición y las relaciones de la inteligencia, y se detiene en *la pompa y aparato exterior*; recuerda las *rivalidades políticas*, y abatiendo su vuelo, hasta desciende al terreno de los *tributos*.

Esa incoherencia de ideas, esa debilidad de raciocinio, ese olvido de los propios asertos, sólo podrá parecer extraño á quien esté más acostumbrado á admirar el vuelo de los grandes talentos que á estudiar la historia de sus aberraciones. Cabalmente M. Guizot se hallaba en tal posición, que es muy difícil no equivocarse y deslumbrarse; porque si es verdad que el caminar rastreramente sobre los hechos individuales trae el inconveniente de circunscribir la vista y de conducir al observador á la colección de una serie de hechos aislados más bien que á la formación de un cuerpo de ciencia, también es cierto que divagando el espíritu por un inmenso espacio donde haya de abarcar muchos y muy variados hechos en todos sus aspectos y relaciones, corre peligro de alucinarse á cada paso; también es cierto que la demasiada generalidad suele rayar en hipotética y fantástica; que no pocas veces, alzándose con immoderado vuelo el entendimiento para descubrir mejor el conjunto de los objetos, llega á no verlos como son en sí, quizás hasta los pierde enteramente de vista; y por eso es menester que los más elevados observadores recuerden con frecuencia el dicho de Bacon: «no alas, sino plomo.»

M. Guizot tenía demasiada imparcialidad para que no pudiese ménos de confesar la exageración con que habían sido abultados los abusos; además, tenía mucha filosofía para desconocer que no eran causa suficiente para producir un efecto tamaño, y hasta el sentimiento de su propia dignidad y decoro no le permitió mezclarse con esa turba bulliciosa y descomedida, que clama sin cesar contra la crueldad y la intolerancia, y así es que en esta parte hizo un esfuerzo para hacer justicia á la Iglesia romana. Pero desgraciadamente sus prevenciones contra la Iglesia no le permitie-

ron ver las cosas como son en sí; columbró que el origen del protestantismo debía buscarse en el mismo espíritu humano; pero conocedor del siglo en que vivía, y sobre todo de la época en que hablaba, presintió que para ser bien acogidos sus discursos era menester lisonjear al auditorio apellidando *libertad*; templó con algunas palabras suaves la amargura de los cargos contra la Iglesia, mas procurando luego que todo lo bello, todo lo grande y generoso, estuviera de parte del pensamiento engendradora de la Reforma, y que recayesen sobre la Iglesia todas las sombras que habían de oscurecer el cuadro.

A no ser así, hubiera visto sin duda que, si bien la principal causa del protestantismo se halla en el espíritu humano, no era necesario recurrir á parangones injustos; no hubiera caído en la incoherencia que acabamos de ver, hubiera encontrado la raíz del hecho en el propio carácter del espíritu humano, y hubiera explicado su gravedad y trascendencia con sólo recordar la naturaleza, posición y circunstancias de las sociedades en cuyo centro apareció. Habría notado que no hubo allí un *esfuerzo extraordinario*, sino una *simple repetición de lo acontecido en cada siglo*, un *fenómeno común*, que tomó un carácter especial á causa de la particular disposición de la atmósfera que le rodeaba.

Este modo de considerar el protestantismo como un hecho común, agrandado empero y extendido á causa de las circunstancias de la sociedad en que nació, me parece tan filosófico como poco reparado, y así presentaré otra proposición que nos suministrará juntamente razones y ejemplos. Tal es el estado de las sociedades modernas de tres siglos á esta parte, que todos los hechos que en ellas se verifican han de tomar un carácter de generalidad, y por tanto de gravedad, que los ha de distinguir de los mismos hechos, verificados empero en otras épocas en que era diferente el estado de las sociedades. Dando una ojeada á la Historia antigua observaremos que todos los hechos tenían cierto aislamiento, por el cual, ni eran tan provechosos cuando eran buenos, ni tan nocivos cuando eran malos. Cartago, Roma,



Lacedemonia, Atenas y todos esos pueblos antiguos, más ó ménos adelantados en la carrera de la civilización, siguen cada cual su camino, pero siempre de una manera particular; las ideas, las costumbres, las formas políticas se sucedían unas á otras, pero no se descubre esa refluencia de las ideas de un pueblo sobre las ideas de otro pueblo, de las costumbres del uno sobre las costumbres del otro, ese espíritu propagador que tiende á confundirlos todos en un mismo centro; por manera que, excepto el caso de violenta conmixtion, se conoce muy bien que podrían los pueblos antiguos estar largo tiempo muy cercanos, conservando íntegramente cada uno sus propias fisonomías sin experimentar á causa del contacto considerables mudanzas.

Observad, empero, cuán de otra manera sucede en Europa: una revolución en un país afecta todos los otros; una idea salida de una escuela, pone en agitación á los pueblos y en alarma á los gobiernos; nada hay aislado, todo se generaliza, todo se propaga, tomando con la misma expansión una fuerza terrible. Hé aquí por qué no es posible estudiar la Historia de un pueblo sin que se presenten en la escena todos los pueblos; no es posible estudiar la historia de una ciencia, de un arte, sin que se compliquen desde luego cien relaciones con otros objetos que no son ni científicos ni artísticos; y es porque todos los pueblos se asimilan, todos los objetos se enlazan, todas las relaciones se abarcan y se cruzan; hé aquí por qué no hay un asunto en un país en que no tomen interés, y aun parte si es posible, todos los demás, y hé aquí por qué, concretándonos á la política, es y será siempre una idea sin aplicaciones la de *no intervencion*, pues no se ha visto jamás que cada cual no procure intervenir en todos los negocios que le interesan.

Estos ejemplos, tomados de los órdenes políticos, literarios y artísticos, me parecen muy á propósito para dar á entender mi idea sobre lo que ha sucedido con respecto al orden religioso; y si bien despojan al protestantismo de ese manto filosófico con que se le ha querido cubrir aun en su cuna; si le quitan todo derecho á suponerse como un pensamiento que, lle-

no de prevision y de proyectos grandiosos, encerraba grandes destinos, tampoco rebajan en nada su gravedad y su extensión, en nada limitan el hecho, antes sí indican la verdadera causa de que se haya presentado con aspecto tan imponente.

Desde el punto de vista que acabo de señalar, todo se descubre en su verdadero tamaño: los hombres apenas figuran, casi desaparecen; los abusos se ofrecen como son, ocasiones y pretextos; los planes vastos, las ideas altas y generosas, los esfuerzos de independencia, se reducen á suposiciones arbitrarias; el cebo de las depredaciones, la ambición, las rivalidades de los soberanos, juegan como causas más ó ménos influyentes, pero siempre en un orden secundario; ninguna causa se excluye, sólo que se las coloca á todas en su lugar; no se permite la exageración en su influencia, y señalándose una principal, no deja de mirarse el hecho como de tal naturaleza, que en su nacimiento y desarrollo debieron de obrar un sinnúmero de agentes. Y cuando se llega á una cuestión capital en la materia, cuando se pregunta la causa del odio, de la exasperación que han manifestado los sectarios contra Roma, cuando se pregunta si esto no revela algunos grandes abusos de su parte, si no hace sospechar su sinrazón, se puede responder tranquilamente que siempre se ha visto que las olas en la tormenta braman furiosas contra la roca inmóvil que les resiste.

Tan lejos estoy de atribuir á los abusos la influencia que muchos les han asignado con respecto al nacimiento y desarrollo del protestantismo, que estoy convencido de que por más reformas legales que se hubieran hecho, por más condescendiente que se hubiera manifestado la autoridad eclesiástica en acceder á demandas y exigencias de todas clases, hubiera acontecido, poco más ó ménos, la misma desgracia.

Es necesario haber reparado bien poco en la extrema inconstancia y movilidad del espíritu humano, y haber estudiado muy poco su historia, para desconocer que era esta una de aquellas grandes calamidades que sólo Dios, por providencia especial, es bastante á evitarlas.»



La trascendental importancia de la época que comentamos, madre y progenitora de la edad moderna, nos obliga á consignar algunas páginas más, tomadas de fuentes puras de verdad y elevada reflexion filosófico-católica, tan justamente celebrada como lo es la palabra de Alzog y del notable Rorbacher.

Los abusos y exageraciones que se habian mezclado con la vida y doctrinas eclesiásticas, levantaron, dice un historiador alemán, contra la Iglesia, no tan sólo los herejes de que hemos hablado antes, sino tambien el celo de varios personajes, que bien á menudo se manifestaron apasionados, algunas veces ciegos, y siempre exclusivos en sus polémicas. Reclamaban y procuraban llevar á cabo una reforma, mas no ya apoyándose en la Iglesia y partiendo del punto de vista católico, como lo habian hecho los miembros más eminentes de los últimos concilios, sino alterando bajo ciertos respectos la sana doctrina, é insistiendo con exageracion, y frecuentemente con perfidia, en el ejercicio de la libertad cristiana, en el libre uso de las Sagradas Escrituras, ni más ni ménos que si el verdadero significado de la palabra de Dios y el noble y legítimo uso de la libertad no se encontrasen en la Iglesia, en donde la habian buscado y encontrado los más respetables doctores y los personajes más eminentes de todos los siglos cristianos.

Esta misma tendencia de ayer, nótase hoy en algunas escuelas, que creen compatible la armonía entre la total é hipócrita independencia de la razon y el dogma. ¡Desgraciada doctrina, que trae perturbada á la presente sociedad!

A los elementos de division política que amenazaban gravemente el reposo de la Europa, se mezclaban numerosos gérmenes de fermentacion religiosa. Todo habia contribuido á debilitar la antigua é inmensa influencia de los papas en los sucesos y cosas de la Europa; el largo cisma papal, las tristes circunstancias que acompañaron la celebracion de los concilios de Constanza y Basilea, y en fin, la vida mundana ó belicosa de algunos de los jefes de la Iglesia. Es verdad que el caballeresco emperador Maximiliano habia firmado (1495) la paz

pública en gran número de los Estados de Alemania, y habia asegurado y garantizado su duracion por medio del establecimiento del tribunal imperial; pero la autoridad del soberano se encontraba ya harto relajada para que en caso de necesidad pudiera el emperador obrar con verdadera eficacia, tanto dentro como fuera del imperio. Las ciudades habian ido atesorando riquezas considerables, y se habian ido emancipando; la nobleza vegetaba en la pobreza y la ignorancia, y el pueblo, descontento y oprimido, ansiaba con afan por la revolucion. Los caballeros, idólatras como siempre por la guerra, murmuraban contra la abolicion del derecho del más fuerte, y espiaban la ocasion propicia para tirar de la espada y derrocar á la vez la dominacion de los príncipes y la del clero. Por fin estalló la guerra, cuando por un lado el llamamiento de Carlos, nieto de Maximiliano, al trono de España (1516), y poco despues al trono imperial y á la sucesion de Austria (1520), hubo excitado los celos de la Francia y de su jóven y ambicioso monarca Francisco I (1515) contra la casa de Ausburgo; y por el otro lado, al Mediodía, la dominacion turca, cada vez más potente y haciendo más progresos, amenazaba al Austria, la Alemania, la Hungría y la Polonia. Tal era la difícil situacion política y religiosa en que se encontraba entonces la Europa; situacion que reclamaba un genio vasto y organizador, que sinceramente adherido á los intereses de la Iglesia y del Estado, conjurase la explosion de las pasiones comprimidas, que tan amenazadora se vislumbraba ya en el porvenir inmediato, reduciéndolas al silencio por medio de instituciones nuevas que respondieran á las exigencias del momento. De lo contrario, era probable que temeraria mano arrojara prematuramente la chispa que habia de producir el incendio, para el cual tan dispuestos se hallaban hacia tiempo todos los elementos. Aquella mano no se hizo esperar mucho tiempo, y la Historia lo atestigua con una prolongadísima série de catástrofes. Todo va á agitarse en la esfera religiosa, y la conmocion y exaltacion de los espíritus va á producir sangrientas revoluciones políticas.

El primero que se presentó á conmovier en-



tonces de un modo tan desastroso el edificio religioso y social, fué Martin Lutero.

Lutero nació el dia 10 de Noviembre de 1483 en Eisleben. Su padre, primeramente minero y despues consejero en Mansfeld, le hizo dar una educacion liberal en Magdeburgo y en Eisenach, para prepararle al estudio del derecho. En 1501, Lutero estudió la dialéctica y los clásicos latinos en la universidad de Erfurt, y en 1505 obtuvo allí mismo el grado de maestro, y sostuvo conclusiones sobre la física y la moral de Aristóteles. Estos estudios no satisfacian las necesidades y tendencias religiosas de Lutero; por esto y por la impresion que en él causó la repentina muerte de uno de sus mejores amigos, tomó la resolucion de abrazar la vida monástica, y entró en el convento de Agustinos de Erfurt (17 de Julio de 1505), en donde, contra la voluntad de sus padres y amigos, profesó antes de tiempo, siendo poco despues (en 1507) ordenado de sacerdote. Dedicóse entonces especialmente al estudio de las Santas Escrituras, y se valió de los comentarios de Nicolás de Lyra; y á instancias de Juan de Staupitz, provincial de los agustinos de Meissen y Turingia, se dió á la asidua lectura de San Agustin. Poco despues, el mismo provincial lo propuso al elector de Sajonia, que buscaba profesores para su nueva universidad de Wittenberg. En ella (en 1508) empezó Lutero á enseñar la dialéctica, y luego la teología, hasta que en 1510 fué á Italia á negocios de su órden, aprovechándose de aquel viaje para visitar con religiosa emocion los santuarios de Roma la Santa, como la llamaba él mismo entonces, y deplorando, por decirlo así, el que sus padres no hubieran muerto ya, para poder procurar eficazmente su salida del purgatorio por medio de las misas, las oraciones y demás buenas obras que á la sazón habria ofrecido por ellos. Lo único que lo escandalizó en Roma, fué la poca fe que habia notado en los eclesiásticos romanos, en las conversaciones que sobre puntos religiosos habia entablado con ellos. A su vuelta á Alemania continuó explicando teología, y se dedicó especialmente á exponer las cartas de San Pablo á los romanos y á los galatas, y el *Salterio*.

Publicáronse entonces en Alemania, en nombre del magnífico y generoso Leon X, las indulgencias, cuyo producto ó limosna debia destinarse á concluir la suntuosa basilica de San Pedro de Roma, empezada por Julio II. El encargado de esta publicacion era el principe elector Alberto, arzobispo de Maguncia y Magdeburgo, tan magnífico y no ménos dádioso que aquel pontífice. Llamó al efecto á su diócesis al dominico Tetzl de Leipzig, hombre conocido ya en esta clase de predicaciones, y que habia comprometido la mision que se le confiara, exagerando, aunque no tanto como despues se hizo, el valor de las indulgencias, como si el logro de estas eximiese al viador de toda penitencia ulterior. En 1500 los principes electores habian protestado ya contra estas publicaciones, y decidido (1510) que no se hicieran colectas con este objeto en Alemania, y el emperador Maximiliano habia sostenido vigorosamente esta medida. El obispo Juan de Meissen habia asimismo prohibido que los predicadores de indulgencias fueran recibidos en su diócesis, y otro tanto habia sucedido en la de Constanza. Por consiguiente, no fué Lutero el que primero se pronunció contra el abuso de las indulgencias. Podia legítimamente hacerlo en su carácter de predicador, confesor y doctor en teología; las costumbres de la época le permitian, como lo hizo la víspera de Todos los Santos (31 de Octubre de 1517), publicar por medio de carteles las noventa y cinco proposiciones sobre las indulgencias, que no rechazaba, supuesto que en la septuagésima primera decia: «Cualquiera que hable contra la verdad de las indulgencias pontificias, sea maldito y anatematizado;» y al mismo tiempo protestaba no querer emitir ninguna opinion que pudiera interpretarse como contraria á la Santa Escritura y á la doctrina de los Padres y de los papas. Pero al mismo tiempo se declaraba, usando de su derecho, contra las exageraciones y excesos, y pedia, acerca de la doctrina de las indulgencias, soluciones dogmáticas de que tenia en efecto gran necesidad, á juzgar por el tenor de una parte de sus tesis. Así es que al principio fué altamente aplaudido, entre otros por Bibra, obispo de Wurtzburgo, que



escribió al elector Federico recomendando á Lutero á su proteccion. Sin embargo, desde entonces Lutero se separó de lo justo y de su derecho, no esperando la contestacion del arzobispo de Maguncia, á quien habia pedido se sirviera indicarle la marcha que debería seguirse para publicar las indulgencias de una manera legitima y conveniente.

La indignacion contra el abuso de las indulgencias era á la sazón tan general, que las tesis de Lutero fueron acogidas con unánime aplauso, difundíendose por toda Europa en ménos de dos meses. Fueron, no obstante, refutadas en noventa y cinco antítesis atribuidas á Tetzl, pero en realidad debidas á la pluma de Conrado Wimpina, profesor de Francfort sobre el Oder. Declaraba en ellas: Que la vida del pecador debe ser siempre una vida de arrepentimiento y de penitencia, aun cuando es verdad que el hombre puede, con la gracia, abstenerse de pecado; que debe hacer penitencia temporal, aun cuando la indulgencia remita las penas eclesiásticas merecidas por el pecado del hombre, y que es preciso que se sujete á las que lo salvan y lo hacen digno del cielo. Tetzl á su vez publicó una refutacion de las tesis de Lutero, en la cual ensalzaba desmedidamente el poder del papa. En fin, el dominico Silvestre Brieries (*magister sacri palatii*), en Roma (1518), y Hoogstraten, en Colonia, conocido ya por su controversia con Reuchlin, escribieron tambien cada uno un libro contra las proposiciones de Lutero. El método seguido por estos impugnadores en su polémica aumentó el favor y la popularidad del fraile agustino, porque, en su indiscreto celo, al atacar las tesis, atacaron al mismo tiempo á los humanistas, á quienes detestaban y atribuian todo el mal. Lutero encontró un adversario de más temible género en el vicecanciller de la universidad de Ingolstadt, el Dr. Juan Eck, sábio de vigoroso temple, erudicion vastísima y rara elocuencia, cuyo primer escrito contra Lutero (*Obelisci*), bajo formas tranquilas en la apariencia, dejaba entrever los movimientos de una pasión reprimida. En poco tiempo contestó Lutero á todos los escritos de sus adversarios (á Eck en los *Asterisci*) por medio de un

torrente de palabras injuriosas y altivas, con las que mezclaba proposiciones singularmente contrarias á la fe de la Iglesia. Ya en una discusion sostenida en el convento de los agustinos de Heidelberg, en Agosto de 1518, Lutero habia formalmente profesado las principales proposiciones anticatólicas que defendió más adelante, y habia conseguido asociar á su causa y hacer suyo á Bucero; y en Wittenberg se declaró por él decididamente el Dr. Andrés Bordenstein, conocido luego por Carlstadt, del lugar de su nacimiento. Todos aquellos escritos polémicos llamaron de un modo especial la atencion pública sobre los principios de la antropología cristiana, que pueden, como nos enseña la historia, inducir á los más graves errores, si no se examinan y discuten con la mayor circunspeccion y mesura.

Al saber Leon X aquellos movimientos de la Alemania, nombró general interino de los Padres ermitaños de San Agustin al erudito veneciano Gabriel, promaestro de la Orden (1518). Convencido por los rumores que habia esparcido Cochloeus, que se trataba de celos entre dos órdenes opuestas, y que aquello no era más que una disputa de frailes, Gabriel se limitó á imponer silencio á Lutero, recordándole, como general de la Orden, su voto de obediencia, y pidiendo al elector Federico el Sábido que interpusiera su autoridad para contrarestar los amañes del heresiarca. El emperador Maximiliano, más perspicaz que Gabriel, habia llamado toda la atencion de este sobre los grandes peligros de la lucha empezada, y dijo desde luego: «Dentro de poco las opiniones privadas y las locuras humanas reemplazarán á las verdades tradicionales y á los principios de la salvación verdadera.» Lutero empezó entonces aquella prolongada serie de sus hipócritas protestas por medio de un escrito, en el que trataba de justificarse muy humildemente y de poner de manifiesto sus pacíficas resoluciones. Leon X le concedió un plazo de sesenta dias para presentarse en Roma, y á petición de los electores, el mismo papa consintió en que Lutero, sin necesidad de ir á la Ciudad Santa, tuviese varias conferencias en la Dieta de Ausburgo con el más distinguido escolástico de su tiempo, el



pacífico cardenal legado Cayetano (Octubre de 1518).

No quiso Lutero consentir en una retractacion absoluta, y pretendia no haber dicho nada que fuese contrario á la Santa Escritura, á los decretos de los papas y á la sana razon; y abandonando de repente á Ausburgo, apeló del papa mal informado al papa bien informado. Entonces Leon X expuso claramente la doctrina de las indulgencias en una bula, cuyo contenido ya no permitia imputarle las inconvenientes publicaciones de Tetzl, y ponía en claro el verdadero sentido y el uso legitimo de las indulgencias. Al mismo tiempo envió á Alemania á su camarero, el hábil Carlos de Miltitz, con el objeto de ganar la voluntad del elector Federico y persuadir suave y amistosamente á Lutero que se callara hasta que los obispos alemanes fallaran en la contienda. Tetzl, enérgicamente reconvenido por su superior, y temiendo un severo castigo, se habia refugiado á un convento, en donde murió. Lutero se dirigió de nuevo al papa (el 3 de Marzo de 1519), y habló todavía de sus nuevas disposiciones. «He ido demasiado lejos, decia, contra la Iglesia romana, combatiendo tan rudamente á inútiles habladores. No lo he hecho más que para evitar á nuestra Madre, la Iglesia romana, el rubor de verse manchada con una avaricia que le es extraña, é impedir que el pueblo fuera arrastrado al error por medio de una falsa doctrina acerca de las indulgencias.» Al propio tiempo escribia á uno de sus amigos: «No sé, en verdad, si el papa es el anticristo ó su precursor.»

Los adversarios de Lutero pretendian, sin haberlo bien meditado, que la conferencia de los obispos alemanes fuese precedida de una discusion pública, creyendo este el medio de que fuera más ruidosa la victoria. La conferencia tuvo, en efecto, lugar en Leipzig entre Lutero, su amigo Carlostadio y el doctor Eck, delante del duque Jorge de Sajonia y de un público numeroso (desde el 27 de Junio hasta el 15 de Julio de 1519). Las principales tesis que en ella se agitaron fueron acerca del primado de la Iglesia romana, el estado del hombre despues del pecado, la gracia y la libertad, y la penitencia y las

indulgencias, en las cuales Eck, superior á sus adversarios por su ciencia, su dialéctica y la facilidad de su palabra, alcanzó una victoria decisiva y arrancó entusiastas aplausos. Durante la discusion, Lutero habla positivamente sosteniendo que la fe salva sin las obras, y estrechado por los pasajes de la carta de Santiago que se le citaron, habia puesto en duda la autenticidad de dicha carta y negado abiertamente el primado del papa y la autoridad infalible de los concilios. Con este motivo se renovaron allí tantas veces las opiniones de los hussitas, enteramente conformes con las de Lutero, que el duque exclamó al levantar la sesion: «Ahí está todo el mal.»

A pesar de la momentánea derrota de Lutero, aquella conferencia tan solemne habia dado grandísima publicidad á su asunto, y además, en el calor de la disputa habia ganado para su causa al más importante de todos sus discípulos, Felipe Melancton (*Schwarzerde*, tierra negra), sobrino del famoso Reuchlin, Felipe, natural de Bretten en el Palatinado del Rhin (donde nació en 16 de Febrero de 1497); se habia dedicado á excelentes estudios en Pforzheim y en Heidelberg, y se habia granjeado reputacion de eminente literato, publicando en 1513 una gramática griega y unos comentarios sobre los autores clásicos y la filosofía de Aristóteles. De carácter bondadoso y costumbres puras, era más pacífico y discreto que Lutero, pero en cambio no poseia su verbosidad ni su energía, y hasta puede decirse que su entendimiento no era ni muy recto ni muy perspicaz. Por recomendacion de Erasmo habia sido llamado á Wittenberg para enseñar en su universidad la literatura griega, y allí fué donde compuso su apología de Lutero. Animado este por los elogios de su nuevo amigo, y excitado por los hussitas de Bohemia, con quienes estaba en correspondencia, pronto olvidó su vergonzosa derrota de Leipzig, y disgustado de la lentitud de Miltitz, se atrevió á remitirle con su tratado de *Libertad cristiana* un escrito dirigido al papa (11 de Octubre de 1520) y lleno de groseras injurias: «Quiera Dios que, despojándote de los honores del pontificado, te contentes en adelante con un simple bene-



»ficio ó con lo que heredaste de tus padres. En »verdad te digo, que sólo Judas y los que se le »parecen, y á quienes Dios tiene maldecidos, »serian capaces de admitir los honores que se »te tributan, etc.» Esta ultrajante y grosera carta hubiera bastado, si á las instancias de Eck no se hubiera hallado ya pronunciada la sentencia, para justificarla y aun pronunciarla mucho más severa. Presintiendo Lutero la tempestad, y para atenuar los efectos de la condenacion que iba á caer sobre él, habia repartido con extremada prodigalidad su *Sermon sobre la excomunion*.

Hasta entonces Lutero no se habia pronunciado formalmente contra la Iglesia; pero en adelante se declaró ya siempre contra ella y su autoridad, no respetando nada de cuanto estuviera en oposicion con sus opiniones y designios. Los años 1520 y 21 le vieron desplegar una prodigiosa actividad literaria; parecia que iba á devastar el mundo con las armas de su poderosa palabra, no dejaba en paz á nadie, y era preciso ó seguirlo ó combatirlo con energia, pues no queria sufrir género alguno de contradiccion.

Por otra parte, su sistema no era más que un misticismo panteista resucitado de las doctrinas de los Cátaros, de los Valdenses, de los hermanos del Espíritu libre, de los hermanos apostólicos, de Amaury de Bene, del maestro Eckart, de Wiclifo, de Juan Huss y del autor de la teología alemana, sectarios todos á quienes por lo mismo los protestantes han designado como precursores de los pretendidos reformadores. Sin embargo, semejante sistema era proclamado como el puro sistema de las Santas Escrituras, fuente única de la fe! Hé aquí cuáles eran sus principales proposiciones: El pecado original ha corrompido completamente la naturaleza humana, por cuya razon nace el hombre absolutamente siervo. La fe sola justifica, y el hombre se salva por la confianza que tiene en el perdón de Dios (proposicion singularmente fecunda y que concede al hombre una indulgencia plenaria de sus pecados y de las penas debidas á los mismos, tan grande y tan fácil de ganar, que jamás papa alguno ha pensado en conceder otra semejante). La jerarquía

y el sacerdocio no son necesarios, y el culto exterior es inútil. De nada le sirve al alma que el cuerpo se cubra de vestiduras sagradas, como hacen los sacerdotes, ni que vaya á la iglesia, que se ocupe de cosas santas, que ore, ayune ó vele, ni que se dedique á ninguna clase de buenas obras. Los únicos sacramentos que deben conservarse son el bautismo, la cena y la penitencia, y aun estos pueden retardarse y suplirse por la fe. Cada cristiano es sacerdote, consecuencia necesaria de la no admision de la Iglesia exterior y de la posibilidad para el hombre de salvarse sin los medios especiales de salvacion instituidos por Dios.

En sus más violentos escritos, titulados: *A la nobleza alemana, Perfeccionamiento del cristiano, Esclavitud de Babilonia, y Libertad cristiana*, desenvolvió principalmente Lutero la proposicion, tan lisonjera y peligrosa para el pueblo, de que todo hombre es sacerdote. En ellos excita además al emperador á destruir al papa, apoderarse de los bienes eclesiásticos, atribuirse las investiduras, y abolir las fiestas eclesiásticas y las misas privadas, que no sirven más que para comer y beber.

Lo que animaba á Lutero en semejante osadía de doctrina y de lenguaje, era el apoyo de los nobles más influyentes del imperio, que, segun él mismo decia, y segun sus preocupaciones fatalísticas, eran unos enviados del cielo, armados para defenderlo. De esta manera se hallaba asociado á hombres animados de un espíritu verdaderamente pagano. Tal era, entre otros, Ulrico de Hutten, de una antigua estirpe de nobles caballeros de Franconia.

Hutten, destinado desde luego por sus padres al estado eclesiástico, y habiendo entrado al efecto en la escuela de Fulda, se entregó con el entusiasmo exagerado de su siglo al estudio de los clásicos, en el cual perdió la fe, y con ella todas las virtudes morales. Se fugó del monasterio en donde estaba estudiando, se declaró abiertamente contra el cristianismo, abandonóse al más infame libertinaje, y consignó públicamente sus deshonorosos principios en poesías de un latin excelente. Sucesivamente soldado, folletista y poeta, siempre temido y á veces admirado, acabó por reconquistar el



favor de su familia, gracias al talento oratorio que desplegó en varios folletos, escritos para sostener la justa causa de un pariente inicua-mente asesinado. Buscando siempre y en toda ocasion lucir su verbosidad y su genio, se entrometió en la disputa de Reuchlin con Pfefferkorn, y levantó al uno hasta las nubes, y vomitó un torrente de injurias contra el otro, asociándole todo el clero regular (*triumphus Capionis*). Declaró públicamente que estaba conjurado con veinte libres pensadores para destruir los frailes, y pretendiendo pasar por defensor de la humanidad y de la libertad, no tuvo empacho en describir, con la más refinada crueldad de un verdugo, las torturas y el género de muerte que hubiera querido ver imponer al judío bautizado Pfefferkorn, que habia sido el primero en llamar la atencion de la Iglesia sobre el peligro que encerraban algunos libros hebreos. Uno de los principales resultados de aquella conjuracion contra los regulares, fué el folleto tantas veces citado, *Epp. viror. obscurorum*, al cual añadió Hutten la publicacion del libro de Lorenzo Valla, precedido de una dedicatoria burlesca al papa Leon X. La venta de estos escritos, llenos de hiel y de chistes del peor género, y adornados de láminas obscenas é injuriosas, hechas por el célebre grabador Lucas de Kranach, se anunciaba en las puertas de las iglesias al lado de los libros de piedad. Hutten y sus amigos nada omitian para llegar á conseguir su objeto, que era ver destruida toda la familia monástica. Primeramente procuraron atraerse la voluntad de los príncipes. «Es preciso, escribía Hutten á Pirkheimer, ganarlos á toda »costa, unirse á ellos sin dilacion, y aceptar de »sus manos todas las funciones públicas y privadas, pues de esta suerte es como los juristas y teólogos entran y se conservan en »favor.»

De modo, que antes de la explosion de Lutero, y fuera del círculo de sus tendencias pseudo-místicas, se habia formado ya una conjuracion enteramente pagana contra la Iglesia, y una verdadera reaccion materialista contra las ideas religiosas y reveladas. Dos partidos tan extremados, todo carnal el uno,

y el otro todo espiritual, en su origen á lo ménos, no podian unirse contra la Iglesia más que por medio del vínculo de un odio comun.

Perteneciendo Hutten por su nacimiento á la nobleza, supo comunicar el encono original de los humanistas y filólogos contra el clero á todos los de su clase, que, aun cuando se apropiaba con frecuencia los tesoros de la Iglesia, jamás habia soñado hasta entonces en rebelarse contra su autoridad. Al recuerdo de antiguos dias y de las costumbres de sus mayores, los nobles estaban incomodados por no poder resolver ya sus querellas, y sostener sus pretensiones con la punta de su espada y al frente de sus amigos, de sus escuderos y vasallos, y se les hacia insoportable la obligacion de acudir, de un modo tan poco caballeresco á la justicia de un tribunal pacífico. Los hábitos guerreros habian sofocado en ellos todo sentimiento de justicia y de humanidad; su máxima constante era que «montar á caballo y robar no es vergüenza, pues los más virtuosos »lo hacen tambien á las mil maravillas.» Y sostenian con la más cándida frescura, que naturalmente el comercio estaba destinado á ser robado por la nobleza.

Así vemos que muchos caballeros se lamentaban de la celebracion de la paz pública de Worms como de un perjuicio inferido, contra todo derecho y equidad, á su noble vocacion. En los primeros arranques de su enojo, se dirigieron contra los príncipes y los jurisconsultos, y más tarde contra el clero y las ciudades, que debian haber publicado el decreto de Worms, y que podian, en caso de una revolucion política, ofrecer abundante botín á la avidez de los caballeros. Todas estas disposiciones de la nobleza del imperio se resumian perfectamente en la persona de Francisco de Sickingen, acabado modelo de los caballeros degenerados de la época. Idólatra de una libertad sin límites, se dejaba guiar en toda su conducta, no ya por la sublime idea que constituia en otro tiempo la grandeza de una caballería toda consagrada á la causa de la verdad, del derecho, de la religion, al servicio del emperador y de la Iglesia, sino por un vil egoísmo, que era quien armaba su brazo, por un sórdido in-